JEAN-MICHEL FIEDLER



8 vientos

Galería SPACE

Galería San Patricio (Mall), Calle Tabonuco B-5, Guaynabo, PR

787 | 397 | 6395

manuel@spacepr.com

En exhibición hasta el 28 de noviembre 2026

Horario: martes a sábado de 12:00 p.m. a 6:00 p.m

San Patricio Art Center SPACEPR

Galería SPACE: 12 años de compromiso con el arte y la cultura de Puerto Rico

Celebrar los doce años de trayectoria de Galería SPACE representa mucho más que conmemorar el aniversario de un espacio dedicado al arte. Es celebrar doce años de pasión, compromiso y entrega a las artes plásticas, reafirmando mi convicción de que el arte es una expresión esencial de nuestra identidad, nuestra historia y nuestra cultura.

Desde el comienzo de esta gestión, he asumido el compromiso de contribuir al desarrollo cultural de Puerto Rico, convencido de que el arte tiene el poder de transformar, educar, inspirar y generar nuevas perspectivas sobre nuestra sociedad. Como gestor cultural, mi propósito ha sido abrir puertas, crear oportunidades y propiciar encuentros entre los artistas, sus obras y el público, reconociendo el valor de la creación artística como parte fundamental de nuestro patrimonio cultural.

Felicito a nuestro artista Jean-Michel Fiedler por presentarnos esta maravillosa exhibición *Ocho vientos* y reafirmo mi admiración a él por su gran talento como artista. Agradezco a nuestros visitantes por acompañarnos estos doce años de SPACE y mientras Dios nos permita la oportunidad, continuaremos brindándoles exhibiciones de excelencia como es *Ocho vientos* de mi querido amigo Jean-Michel Fiedler.

Manuel de J. Vázquez,
Director

Haciendo visible el aire: Los ocho vientos de Jean-Michel Fiedler

El diálogo entre la pintura y la lírica de Jean-Michel Fiedler alcanza una de sus expresiones más complejas en *Ocho vientos*, proyecto interdisciplinario y existencial de notable madurez conceptual. A través de dieciséis óleos sobre tela, el artista establece un diálogo indisoluble entre la figuración y la palabra escrita: cada lienzo encuentra una prolongación en un poema de su propia autoría. Pintura y poesía no funcionan aquí como lenguajes paralelos, sino como dos formas de aproximarse a una misma experiencia interior.

La estructura conceptual de la serie encuentra uno de sus principales puntos de apoyo en la antigua enseñanza budista de los ocho vientos mundanos (lokadhamma): ganancia y pérdida, placer y dolor, alabanza y censura, fama y descrédito. Estos pares describen las fuerzas externas e internas que constantemente alteran nuestro equilibrio. Fiedler no los ilustra literalmente. Los convierte en una arquitectura simbólica desde la cual examina el apego, la aversión, la vulnerabilidad, el deseo y la inestabilidad de aquello que llamamos identidad.

La pintura y la poesía se convierten así en instrumentos de observación. No buscan explicar la condición humana, sino penetrar sus zonas de incertidumbre: la fragilidad, el aislamiento, la memoria, el deseo y esa teatralidad cotidiana mediante la cual el yo intenta mantenerse a salvo de la impermanencia.

Desde el punto de vista técnico, la serie revela un dominio del óleo de extraordinaria precisión. La piel de sus personajes posee una cualidad lumínica y una tersura contenida que remiten, sin quedar sometidas a ellas, a la tradición del retrato renacentista y manierista. Los rostros adquieren una dignidad silenciosa y, al mismo tiempo, una vulnerabilidad profundamente humana. Hay en ellos una especie de suspensión: los cuerpos parecen detenidos en un instante que no pertenece enteramente ni al sueño ni a la vigilia.

Ese estatismo deliberado encuentra su contrapunto en los fondos. El espacio pictórico rara vez es naturalista. Aparece fracturado en planos geométricos, círculos concéntricos, transparencias y polígonos que dialogan con el surrealismo y con ciertas formas de la abstracción constructiva. El entorno parece descomponerse mientras el personaje permanece momentáneamente inmóvil.

Esta tensión entre la quietud de la figura y la inestabilidad del espacio constituye una de las claves visuales de Ocho vientos. Lo que rodea al

individuo cambia, se desplaza, se fragmenta. El mundo exterior y la mirada ajena poseen la misma naturaleza transitoria que las formas geométricas que atraviesan el lienzo. La impermanencia no es entonces un concepto abstracto: se convierte en atmósfera. La pintura se convierte así en una forma de observar aquello que nos mueve sin dejarnos arrastrar por ello.

En la tradición budista, la mente no entrenada suele compararse con una criatura inquieta, incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar. Fiedler encuentra una traducción visual de esa inquietud en un verdadero bestiario mental. Sus personajes conviven con aves y animales domésticos que no funcionan simplemente como elementos decorativos, sino como extensiones de una psicología simbólica.

Las aves ocupan un lugar particular dentro de este universo. Pájaros que tiran de hilos, gansos, palomas con gorros de fiesta y siluetas de papel suspendidas sobre las cabezas convierten el aire en un territorio de pensamientos, deseos y expectativas. Algunas parecen representar el pensamiento colectivo; otras, la intrusión de lo externo sobre la conciencia individual. Las figuras de papel, sostenidas por hilos casi invisibles, sugieren además la fragilidad de la autoimagen: aquello que parece formar un halo protector alrededor de la cabeza puede desaparecer ante una mínima ráfaga.

La fama y la alabanza, uno de los vientos mundanos, adquieren de este modo una ligereza paradójica. Lo que eleva también puede desestabilizar. El reconocimiento externo, como un pájaro de papel, posee una belleza que depende precisamente de su precariedad.

Frente a ese universo aéreo aparece la dimensión terrenal. Los animales domésticos y de corral introducen una intimidad distinta, más cercana a la vida cotidiana, al afecto y a la memoria. El perro que acompaña al joven del sombrero de paja o el gallo que corona la cabeza de la anciana pertenecen a un registro simbólico diferente del de las aves que atraviesan el cielo mental.

Aquí la existencia adquiere peso. La ganancia y el placer dejan de ser únicamente fuerzas abstractas y se relacionan con aquello que nos vincula a la tierra: el afecto, la costumbre, el cuerpo, la compañía y las pequeñas ficciones mediante las cuales hacemos habitable la vida.

Entre los símbolos más contundentes de la serie se encuentra la dualidad de la manzana y la flecha. La manzana, cargada históricamente de asociaciones con el deseo, la tentación y la discordia, aparece recontextualizada dentro de la lógica de los vientos mundanos. Se convierte en el objeto del apego: aquello que deseamos conservar porque hemos depositado en ello la promesa del placer, del amor o de la plenitud.

El dolor irrumpe con particular intensidad en la figura de la mujer cuya manzana pectoral es atravesada por una flecha. La imagen puede evocar la iconografía de San Sebastián, pero su sentido dentro de la serie se aproxima también a la antigua metáfora budista de las dos flechas. La primera corresponde al sufrimiento inevitable que forma parte de la existencia; la segunda surge de nuestra reacción ante ese sufrimiento, de la resistencia, del miedo o del deseo de que aquello que cambia permanezca. La herida deja entonces de ser únicamente física. Se convierte en una imagen del apego.

Frente al llanto explícito, los ojos entornados y los cielos tormentosos de algunas figuras, Ocho vientos ofrece también espacios de silencio radical. Son momentos en los que la pintura parece suspender su propia narrativa y entrar en una zona de contemplación.

La caracola ocupa aquí un lugar revelador. El personaje masculino que cubre su oído con una gran concha marina y cierra los ojos parece retirarse voluntariamente del ruido exterior para escuchar otra frecuencia: la del océano interior. Esta imagen puede dialogar, por analogía, con la práctica del pratyahara descrita en la tradición clásica del yoga, entendida como repliegue de los sentidos. Más que ilustrar literalmente una doctrina, Fiedler convierte ese gesto en una metáfora de recogimiento y de atención.

El personaje ya no lucha contra el ruido. Se aparta de él. En su regazo, el barco de papel descansa sobre un mar de telas azules. Ya no zozobra. La imagen contiene una de las paradojas esenciales de la serie: aquello que parece frágil puede encontrar estabilidad cuando deja de luchar contra la corriente. El barco de papel puede ser leído como una metáfora del amor, de la esperanza, del arte o de cualquier otro constructo humano que sabemos provisional y, sin embargo, necesitamos para atravesar la existencia. No se trata de desmontar esas ficciones, sino de reconocerlas como parte de nuestra manera de vivir.

En este sentido, Ocho vientos no debe entenderse únicamente como una reflexión sobre el budismo. Las referencias filosóficas constituyen una de sus claves de lectura, pero no agotan la complejidad de la obra. En ella confluyen también la memoria, el deseo, la identidad, el absurdo, la vulnerabilidad, la imaginación y una particular sensibilidad hacia el mundo animal. La poesía amplía todavía más ese territorio al introducir una dimensión narrativa y emocional que permite que cada imagen continúe viviendo más allá de sus límites físicos.

La dimensión geográfica de esta obra tampoco resulta secundaria. Desde Puerto Rico, Fiedler trabaja dentro de una condición insular que puede ser simultáneamente aislamiento y plataforma de observación. La distancia respecto de

determinados centros de legitimación artística puede convertirse en una experiencia de invisibilidad, pero también puede producir una mirada propia, menos dependiente de las modas y de las categorías establecidas.

En Ocho vientos, esa condición insular no aparece como una limitación temática. Por el contrario, la serie desborda cualquier frontera estrictamente local. Sus preocupaciones —el deseo, la pérdida, el reconocimiento, el dolor, la memoria y la necesidad de encontrar equilibrio— pertenecen a una experiencia humana mucho más amplia. La particularidad de Fiedler consiste en convertir esa experiencia en un lenguaje visual propio, atravesado por la poesía, el absurdo y la contemplación.

El arte de Jean-Michel Fiedler se consolida, en última instancia, como un espacio de ecuanimidad. No porque sus personajes hayan alcanzado una serenidad absoluta, sino porque permanecen suspendidos en el punto exacto donde el deseo y la renuncia, el dolor y el placer, el movimiento y la quietud todavía pueden contemplarse mutuamente.

Hay en estas obras una melancolía profunda, pero nunca completamente derrotada. Sus figuras parecen conocer la fragilidad de las cosas y, aun así, continúan participando en el teatro de la existencia. Los animales, las nubes,

los barcos, las frutas, las flechas y los pájaros forman una gramática de símbolos que nunca termina de cerrarse. Cada imagen abre otra posibilidad de interpretación.

Como escribe Fiedler en uno de sus poemas, es posible escuchar allí «un arpegio de mantarrayas pirateando tu pecho». La frase condensa la naturaleza de su proyecto: una poesía que no acompaña pasivamente a la pintura, sino que penetra en ella, la contradice, la prolonga y la transforma
.
En *Ocho vientos*, la fijeza del óleo se encuentra con el movimiento de la palabra. La pintura detiene; el poema continúa. El rostro permanece; el viento pasa. Y en esa tensión se encuentra quizá la verdadera naturaleza de la serie. Fiedler no intenta detener los vientos. Los hace visibles. Hace visible el aire que nos rodea, el aire que nos mueve y, finalmente, el aire que nos golpea.

Porque frente a la incesante variación del mundo, la ecuanimidad no consiste en permanecer inmóvil, sino en aprender a contemplar el movimiento sin quedar completamente sometidos a él. *Ocho vientos* transforma esa intuición en una experiencia visual y poética: un ejercicio de observación de nuestra propia impermanencia y, al mismo tiempo, una celebración de las ficciones, los afectos y los sueños que hacen posible atravesarla.

—Émeric Achard

Sobre Émeric Achard

Émeric Achard es un teórico del arte, curador independiente y ensayista cultural franco-belga. Su práctica crítica se desarrolla en torno a las relaciones entre pintura, pensamiento e imaginario contemporáneo, con particular interés por aquellas obras que establecen diálogos entre distintas tradiciones culturales y formas de representación.

Su encuentro con la obra de Jean-Michel Fiedler parte de una afinidad intelectual: el interés por una pintura figurativa que no se limita a representar el mundo visible, sino que lo utiliza como punto de partida para explorar la memoria, el deseo, la vulnerabilidad y las complejidades de la experiencia interior. En la obra de Fiedler, Achard reconoce una particular convergencia entre imagen y palabra, entre la precisión técnica de la pintura y la dimensión lírica de la poesía.

Desde esta perspectiva, Ocho vientos adquiere una dimensión que trasciende su contexto inmediato. Aunque profundamente vinculada a la sensibilidad caribeña y a la experiencia cultural de Puerto Rico, la serie plantea interrogantes que no pertenecen a una geografía específica: cómo nos relacionamos con el reconocimiento y la pérdida, con el placer y el dolor, con aquello que deseamos conservar y aquello que inevitablemente cambia.

El ensayo que acompaña esta exposición nace de esa lectura. Más que ofrecer una explicación cerrada de las obras, Achard propone un espacio de correspondencias entre la tradición pictórica

occidental, determinadas ideas provenientes del pensamiento oriental y el universo simbólico desarrollado por Fiedler. Los animales, las nubes, las frutas, las flechas, los barcos y las figuras humanas aparecen así como elementos de una gramática visual en la que lo cotidiano y lo metafísico pueden coexistir.

La mirada de Achard resulta particularmente significativa por situarse fuera de los marcos habituales desde los cuales se ha leído la pintura de Fiedler. Su aproximación permite contemplar la obra desde una distancia crítica que no disminuye su carácter puertorriqueño, sino que ayuda a revelar la amplitud de sus resonancias. En Ocho vientos, lo insular deja de ser sinónimo de aislamiento y se convierte en un punto de observación desde el cual la experiencia local puede entrar en conversación con preocupaciones universales.

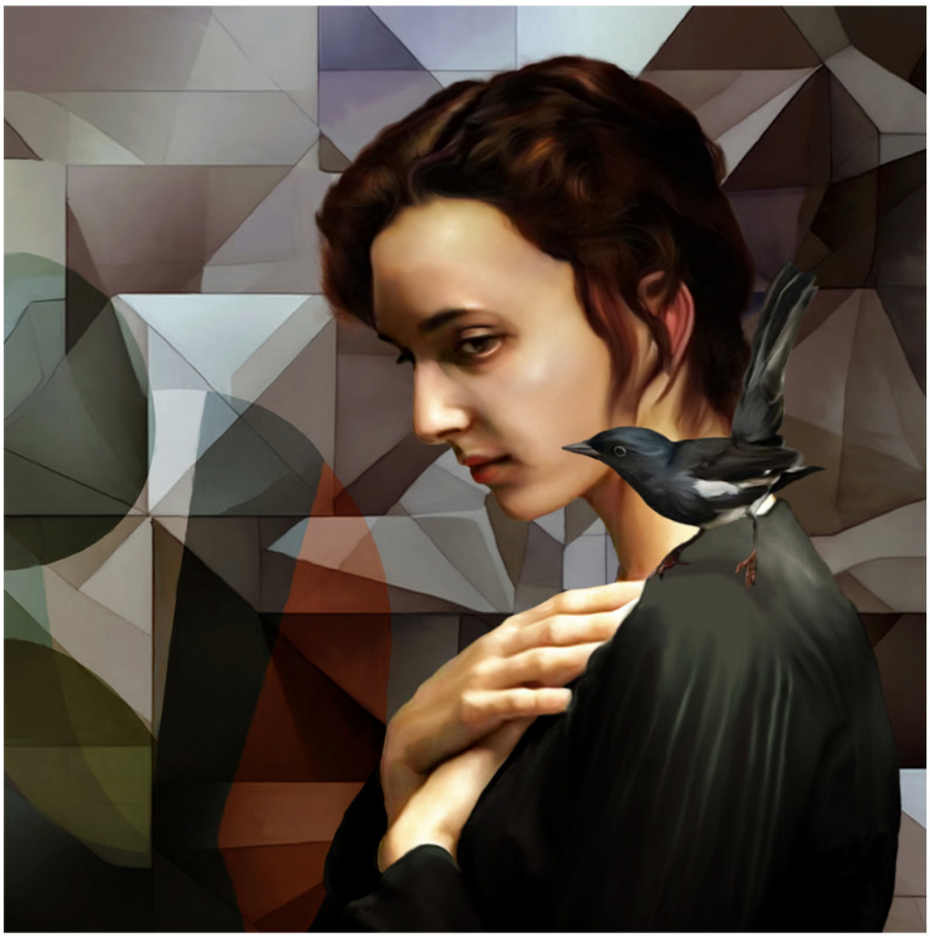
El texto de Émeric Achard acompaña, por tanto, una obra que se mueve entre distintas geografías simbólicas: entre Europa y el Caribe, entre pintura y poesía, entre realidad e imaginación. Su lectura reconoce en Ocho vientos no solamente una serie pictórica, sino una investigación poética sobre las fuerzas visibles e invisibles que atraviesan la existencia.



Blancos pajaritos de cal
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Breve ganso de azucenas
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026



Costurera de la viuda
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026



Cuica y cafetazos
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026



El paso de la luz
Óleo sobre tela
18” x 12”
2026



Engreido barquito de papel
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



La carta
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Madama del centelleo
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Futuras flores
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026



Pajaritos colgantes
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026



Nube de mandarinas
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026



Murmullo de olas
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Pétalo de pulpa abierta
Óleo sobre tela
14” x 14”
2026



Paseo don Juan
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026



Por si acaso en silencio
Óleo sobre tela
18” x 14”
2026



Solo solito
Óleo sobre tela
16” x 12”
2026

Jean-Michel Fiedler

Nacido en San Juan, Puerto Rico, en 1967, Fiedler cursó estudios en la Universidad de Puerto Rico, Pratt Institute en Nueva York y The University of the Arts en Filadelfia. Su formación en Filadelfia aportó a su trabajo una rigurosa disciplina técnica, mientras su experiencia en Nueva York abrió el camino hacia una aproximación más experimental a la imagen. A ello se suman sus raíces francesas y europeas y la experiencia cultural del Caribe, elementos que confluyen en una obra difícil de encerrar dentro de una sola categoría estética.

A lo largo de más de tres décadas, Fiedler ha recibido numerosos reconocimientos, entre ellos el William H. Ely Award, el Harriet P. Hughes Award y el Roger T. Hane Memorial Award, en Filadelfia; el Print Magazine Annual International Cover Design Award, en Nueva York; y un reconocimiento del Overseas Press Club por su trabajo en periodismo gráfico e ilustración, entre otros.

Su trayectoria expositiva incluye numerosas muestras individuales y colectivas en galerías y museos de Puerto Rico, Estados Unidos y Argentina, entre otros contextos. También ha ejercido la docencia en la Universidad del Sagrado Corazón, la Liga de Arte de San Juan y la Escuela de Artes Plásticas y Diseño de Puerto Rico.

Galería SPACE

AGRADECIMIENTOS:

• Jean-Michel Fiedler
• Ing. Sebastián Rodríguez
• Roberto González
• Eric Tabales
• María Eugenia Madrid
• Grupo Empresas Caparra
(Galería San Patricio y su staff)
• Ariana Torres Vázquez
• Norma Elizabeth Correa
• El Adoquín Magazine
• Ey boricua.com, José Maldonado
• Puerto Rico Post
• Magazine - PR
• Pride Society Magazine
• Kritikando Blog (Instagram)
• Judith Felicie y Radio Paz 810 AM
• Ibsen Peralta
• Víctor Amber
• Yajaira Martínez
• Alex Cuevas

CRÉDITOS:

• **Artista**:
Jean-Michel Fiedler

• **Ensayo del catálogo:**
Émeric Achard

• **Relaciones públicas:**
María Eugenia Madrid

• **Diseño de invitación**:
Jean-Michel Fiedler

• **Diseño del catálogo:**
Manuel Vázquez

• **Programación del catálogo:**
Ing. Sebastián M. Rodríguez

• **Diseño de sala**:
Manuel Vázquez